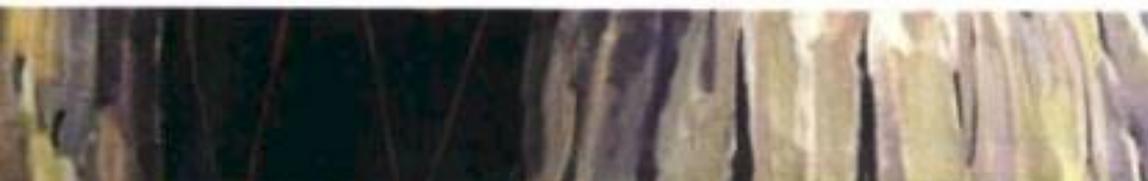




Alexander Pushkin

EUGENIO ONEGUIN



Eugenio Oneguin, novela en verso, es una de las obras fundamentales de Pushkin y una de las novelas rusas más relevantes del siglo XIX. El personaje de Oneguin encierra una dualidad en la concepción del mundo. Aunque hostil al «gran mundo», Oneguin está a la vez inscrito e inmerso en él.

Eugenio Oneguin, un dandy ruso que está aburrido de la vida, hereda de su tío una mansión en el campo, allí se traslada y hace amistad con Vladímir Lensky. Un día Lensky lleva a Oneguin a cenar con la familia de su prometida Olga Larina, y en esta reunión, la hermana de Olga, Tatiana una joven señorita provinciana, aficionada a los libros, se enamora de Oneguin...

Pétri de vanité, il avait encore plus cette espèce d'orgueil qui fait avouer avec la même indifférence les bonnes comme les mauvaises actions, suite d'un sentiment de supériorité peut-être imaginaire.

(Tiré d'une lettre particulière).

A PEDRO ALEKSANDROVICH PLETNEV

No pensando divertir al orgulloso mundo, y en aprecio a nuestra amistad, quisiera ofrecerte un testimonio digno de ti, digno de un alma bella colmada de sueños sagrados, de poesía pura y verdadera, de pensamientos elevados y de sencillez. Pero ¡qué se va a hacer! Acepta, con mano benévola, esta colección de capítulos tan diversos, mitad cómicos, mitad tristes, populares, espirituales, fruto descuidado de mis entretenimientos, insomnios, inspiraciones ligeras, frías observaciones de mi cerebro y amargas decepciones del corazón; fruto de mis años marchitos antes de florecer.

INTRODUCCIÓN

El Profeta

*De sed espiritual atormentado
me arrastraba por sombríos desiertos
cuando en la encrucijada apareció ante
mí*

un serafín de seis alas.

*Con sus dedos livianos como el sueño
tocó mis ojos y mis ojos se abrieron,
clarividentes, como los de un águila
asustada.*

*Tocó entonces mis oídos
y los llenó de ruidos y repiques:
y escuché el estremecimiento de los
cielos,*

*y el vuelo de los ángeles en lo alto,
y el movimiento de las bestias del
mar bajo las aguas,*

*y el sonido de la viña creciendo en
la llanura;*

*y se inclinó sobre mi boca
y arrancó mi lengua pecadora, engañosa
y trivial;*

*y con su diestra ensangrentada
encajó en mi entumecida boca
la horquilla de la astuta serpiente;
y rajó mi pecho con su espada*

y ensartó mi palpitante corazón;
y en el hondo hueco de mi pecho clavó
un ardiente carbón.
Como un cadáver yacía en el desierto
cuando la voz de Dios me llamó:
«Levántate, profeta, mira y escucha,
llénate con Mi voluntad,
recorre las tierras y los mares,
y quema los corazones con tu
palabra».

(1826)

El poeta

Mientras Apolo no exige al poeta
que ofrezca su santo sacrificio
estará cobardemente sumergido
en asuntos vanos y mundanos.
Su sagrada lira calla,
su alma yace en un sueño invernal
y entre los pobres hijos de este mundo,
él es quizás el más desvalido.
Pero apenas la palabra divina
toca su agudo oído,
el alma del poeta se sacude
así como despierta el águila.
Le pesan las fiestas de este mundo
se aparta del rumor de la chusma,
y no inclina su altiva cabeza
al pie de los vulgares ídolos;
y huye, salvaje y rudo,
lleno de sonidos e inquietud
hacia las orillas de los mares
desiertos,
hacia los amplios y resonantes

bosques.

(15 de agosto de 1827)

[Versión de M^a Fernanda Palacios a partir del original ruso].

Pushkin, por Valery Gurenko

Biografía

Poeta y escritor, padre de la nueva literatura rusa, creador del idioma literario contemporáneo de su patria y el más importante y más leído en Rusia. Sus obras, desde los sabios cuentos infantiles hasta los poemas líricos y su profunda prosa filosófica, constituyen uno de los pilares de la cultura moderna en su país. Su vida, iluminada por el genio poético y una sincera naturalidad de su conducta, es objeto de admiración y estudio de generaciones posteriores. «Estoy aprendiendo mucho de Pushkin escribió León Tolstoi, todos tenemos que aprender de él». Fiodor Dostoyevski rindió un alto tributo al poeta. «Somos pigmeos en comparación con Pushkin, entre nosotros no queda ningún genio como él».

Alexandr Serguievich Pushkin nació en Moscú el 6 de junio de 1799. Su padre Serguei era descendiente de una vieja y noble familia de los Pushkin, quienes eran famosos aristócratas, cercanos a los zares de Rusia, Iván El Terrible y Boris Gudonov, entre otros. El bisabuelo del poeta por línea materna, Ibrahim Hanibal, había sido traído de Abisinia (Etiopía), de 8 años, a la corte del zar Pedro El Grande. El zar lo adoptó, lo bautizó, le dio el nombre de Abraham Petróvich (Abraham, hijo de Pedro) y lo envió a estudiar a Europa. Abraham Hanibal participó en muchas batallas por Rusia, se casó con una rusa de una familia noble y se jubiló

con el rango de general del ejército. Por su fiel servicio a su segunda patria le fueron otorgadas grandes parcelas de tierra en la región de Pskov.

El futuro poeta tenía dos hermanos, Olga y Lev. Los padres no prestaban mucha atención a la educación de sus hijos. El niño Alexandr aprendió a leer y escribir con su abuela María Alexeievna. Una gran influencia en su preparación literaria la ejerció su niñera Arina Rodiónovna, campesina analfabeta rusa que no sólo dio calor humano al muchacho, sino que le enseñó un sinnúmero de proverbios, aforismos, cuentos e historias populares.

Como en cualquier familia de la nobleza de aquellos tiempos, en la casa de los Pushkin se hablaba el francés y se estudiaban otros idiomas. A los 12 años, Alexandr fue enviado al Liceo de la aristocracia Zarsloire Seló (la aldea de los zares), ubicado cerca del palacio de verano de la familia real. En esa institución se forjó la personalidad del futuro poeta; allí dio sus primeros pasos en la poesía y entabló amistades que duraron toda su vida.

Al terminar los estudios, Pushkin se dedicó enteramente a los trabajos literarios. Sus expresiones impetuosas en cuanto al orden político en el país, a la monarquía y a algunos postulados de la Iglesia ortodoxa le costaron el destierro de San Petersburgo hacia las zonas sureñas de Rusia. El joven de 20 años fue confinado a Moldavia, Crimea y Ucrania sin derecho de regresar a la capital. En ese periodo escribió muchos versos y concluyó los poemas «*Ruslán y Ludmila*» y «*El prisionero del Cáucaso*», entre otros.

El destierro no cambió el carácter del poeta, pues persistía en sus agudos epigramas y declaraciones políticas que impedían su regreso a San Petersburgo. Aún más, su confinamiento en el sur de Rusia fue sustituido por otro, y se le envió a la hacienda de sus padres en la región de Pskov. Los biógrafos de Pushkin discrepan respecto de cuál fue la causa principal de este nuevo ostracismo, de si sus dudas expresas en relación con algunos dogmas religiosos,

o bien su romance con la esposa del gobernador de Odesa, el conde Vorontzov.

Los años que pasó Aleksandr Pushkin bajo observancia policiaca en la hacienda Mijáilovskoie, propiedad de sus padres, fueron muy fructíferos. Allí continuó su trabajo de la novela en verso «*Eugenio Oneguín*».

Cuando murió el zar Aleksandr I, en 1825, decenas de oficiales entre los cuales había muchos amigos personales de Pushkin se rebelaron contra el nuevo zar Nicolás I, por lo que cinco de ellos fueron condenados a muerte y los demás desterrados a Siberia. «Yo pude haber estado entre ellos», confesó el poeta.

Personaje único

Después de seis años de confinamiento, al poeta se le permitió volver a Moscú. El nuevo zar Nicolai El Primero declaró que él mismo sería el censor personal de las obras del poeta. En Moscú, Aleksandr Pushkin encontró a su futura esposa Natalia Goncharova, a quien consideraban la primera belleza de la ciudad. Enamorado de esta joven de 16 años, Pushkin consigue el consentimiento de sus padres y luego de dos años se casó con ella. En la iglesia donde se celebraba la boda, de repente se apagó una vela y se cayó el anillo de compromiso. «Mal augurio», dijo el poeta, y así pensaron los demás.

Los recién casados se trasladaron a vivir a la capital, San Petersburgo. Empezó una vida que no le interesaba mucho al poeta: frecuentes fiestas, bailes, chismes de la corte...

«Mi vida en San Petersburgo no sirve para nada», escribió a uno de sus amigos. «No tengo tiempo libre, tan necesario para un escritor. Mi esposa está aquí muy de moda. Todo esto requiere mucho dinero y se consigue sólo con mi trabajo, y el trabajo requiere soledad».

Durante ese periodo estudió los archivos, se preparó para escribir la historia de las insurrecciones campesinas en la época de Catalina II y la vida de Pedro El Grande. Para este tiempo ya era un prestigioso poeta y escritor.

El talento, la fama y la independencia de los criterios de Pushkin provocaban los celos y la envidia de sus enemigos. Los ataques se concentraron en su bella esposa Natalia, con quien Pushkin ya tenía cuatro hijos. Cansado de susurros e insinuaciones de la corte, el poeta retó a duelo a un tal Dantés, hijastro del ministro consejero holandés, quien era muy activo en buscar las simpatías de su esposa. «Mi esposa es un ángel, ninguna sospecha puede afectarla», escribió Pushkin en una de sus últimas cartas.

Una fría y oscura tarde, con 15 grados bajo cero, del 27 de enero de 1837, tuvo lugar el duelo en el cual Pushkin fue mortalmente herido y falleció luego de dos días. Por disposición del zar, su cuerpo fue llevado de San Petersburgo a la hacienda de sus antecesores en la región de Pskov, donde fue sepultado.

Su contemporáneo y amigo, el famoso poeta polaco Adam Mizkevich, escribió en aquella ocasión: «Una sola vez en cualquier rincón del mundo puede aparecer un hombre dotado de talentos tan eminentes y tan variados como Aleksandr Pushkin».

Otra Biografía

Poeta ruso (Moscú 1799-1837). Miembro de una antigua y noble familia, se educó en un ambiente de gran cultura y afición a la poesía; la vida social de su padre le permitió conocer durante su infancia a grandes escritores del momento: Dmitriev, Karamzin, etc., al tiempo que en la biblioteca paterna encontraba a los clásicos franceses, ingleses, italianos, latinos etc., como Voltaire, Molière, Racine, Wieland, Camoens, Ossian, Virgilio, El Tasso, Juvenal, etc.

En 1814, a los quince años, aparecía su primer poema en el periódico «El Mensajero de Europa»; tres años más tarde, al abandonar el Liceo, tenía ya cierto prestigio en los medios literarios. Funcionario en ese momento en el ministerio de Asuntos Extranjeros, se dedicó a la vida social al tiempo que escribía su primer poema largo, *Ruslán y Ludmila* que publicaría en 1820, fecha en la cual Pushkin, debido a determinados epigramas políticos, había sido desterrado a Ekaterinoslav. Al parecer ese poema, estalló la polémica entre los viejos y los nuevos.

Mientras, Pushkin seguía al general Raevakij al Cáucaso y Crimea, donde pasó dos meses lleno de tranquilidad. Entre 1820 y 1823 estuvo a las órdenes del general Inzov, en Kisinev, donde vivió lleno de nostalgia por la vida mundana y culta de San Petersburgo y de Moscú, entregado febrilmente a la actividad poética; de esta etapa salieron *El prisionero del Cáucaso*, *La fontana de Bachjisaraj*, los inicios de la novela en verso *Eugenio Oneguín*, y algunos de sus mejores poemas juveniles.

En 1823 era trasladado a Odesa, bajo las órdenes del general Voroncov, que no manifestó ninguna simpatía por su subordinado, turbulento y además enamorado de su mujer; aunque existía alguna vida social, teatro y galanteo, pronto Pushkin se vio enfrentado a la policía que había interceptado una carta privada en la que hablaba del ateísmo como filosofía posible.

En 1824 era alejado del servicio: Pushkin dejó entonces la vida mundana de Odesa y el mar por las poéticas, aunque austeras, soledades de su dominio familiar de Mijailovskoie (1824-1826) donde se entregó a la lectura de Shakespeare y de las viejas crónicas rusas.

También a esta etapa de retiro se deben abundantes composiciones poéticas, más meditadas que las anteriores porque la soledad y el reposo le permitieron concentrar y revisar su cultura, sus ideas y sentimientos: prosiguió entonces el *Eugenio Oneguín* (1823-1831 y publicada completa

por primera vez en 1833), además de redactar enteramente *Boris Gudonov*.

La subida al trono de Nicolás I supuso una mejoría en sus relaciones de Pushkin con el gobierno: recobraba la libertad, aunque el zar en persona se reservaba el derecho a leer antes sus obras: por otro lado, siguió vigilado por la policía. No tardaría en empañarse la alegría del fin de su destierro: la lectura de *Boris Gudonov* a un grupo de amigos había de despertar las iras del zar por no haber sido él quien diera el visto bueno (o la negativa) al libro.

Al tiempo que prosigue su obra, Pushkin se embarca en galanteos e incluso en un intento, frustrado, de matrimonio con una joven de dieciséis años que provocó dolores al poeta; tampoco el zar le permitió salir al extranjero, pese a lo cual viajó durante cinco meses a Transcaucasia. A su regreso, su propuesta de matrimonio a la joven —que era Natalia Goncharova— fue aceptada: era una mujer de extremada belleza pero ajena a la vida interior de Pushkin a quien dio varios hijos.

Antes del casamiento, Pushkin atravesó una etapa de intensa creación: además de proseguir con *Oneguín*, escribió *Poltava*, algunos dramas como *Mozart y Salieri*, *El convidado de Piedra*, relatos como *Los cuentos de Iván Petrovich Belkin*, *Historia de la aldea de Gorjuchino*, etc. Asentado socialmente, hubo de soportar humillaciones cortesanas: no entró en la corte por la puerta grande, sino tras el nombramiento de «gentilhombre de cámara» que se reservaba a los jóvenes (1834) mientras que él contaba ya los treinta y cinco.

Los apuros económicos, los celos por la frivolidad de su mujer, las calumnias de la «plebe» aristocrática fueron compensados por la distracción de algunos viajes y las alegrías de la creación, aunque ahora Pushkin abandona la poesía para consagrarse a una *Historia de Pedro el Grande* que quedará inconclusa; su trabajo documental, mezclado a su

imaginación, le serviría sin embargo para escribir la *Historia de la rebelión de Pugachev* y *La hija del capitán*.

En 1836 consiguió autorización para fundar la revista «*Sovremennik*» («*El contemporáneo*») de escaso éxito ante la mediocridad cultural de Rusia. Resentido por la mala aceptación que tenía su trabajo, amargado por el fracaso, y por el comportamiento de la mujer, quiso abandonar San Petersburgo: la corte que el barón Georges D'Anthès hacía a su esposa terminó por obligar a Pushkin a retar a duelo a su oponente: el 27 de enero de 1837 Pushkin salía mortalmente herido del enfrentamiento; dos días más tarde moría.

Durante los funerales hubo manifestaciones populares de simpatía hacia el poeta por lo que la policía de San Petersburgo obligó a realizar de noche el traslado de su cadáver al monasterio de Svjatye Gory, hoy Pushkinskie Gory.

Rechazando los géneros pomposos del siglo ilustrado, Pushkin inaugura en Rusia la etapa de la sencillez mediante epístolas familiares, sátiras, elegías y romances. Discípulo de Batiuchkov y de Jukovski, enriqueció las premisas del primero mediante elementos realistas y autobiográficos, y parodió discretamente la lírica del segundo: desde la adolescencia abordó los temas políticos, a raíz de la guerra de 1812 (*A Licinius*, 1815), para acusar el despotismo de los lictores y denunciar la bajeza de los senadores; luego cantaría a la libertad. Se inició mediante ataques a los creyentes de la literatura, a los amantes del oropel; vio con simpatía la insurrección turca y la anterior revolución francesa, lamentándose por el fracaso de las revoluciones europeas. Sin embargo, habría de ser en el terreno amoroso donde Pushkin dejaría sus mejores frutos, envueltos en paisajes marinos de Odesa, o de estepas, o del Cáucaso. Abandonó el sentimiento de atracción por lo exótico para centrarse en la naturaleza austera y sobria de Rusia.

Capítulo PRIMERO

Se apresura a vivir y a sentir
(Príncipe de Viasemski).

Mi tío, hombre de austeras normas de vida, al caer seriamente enfermo, se atrajo súbitamente el respeto de cuantos le rodeaban.

¡Que su ejemplo sirva a los demás de ciencia! Pero ¡Dios mío, qué aburrimiento estar sentado día y noche con un enfermo, sin alejarse de él ni un solo paso! ¡Qué fastidio tan enorme divertir a un moribundo, arreglarle las almohadas, darle tristemente la medicina y suspirar y pensar: «¿Cuándo te llevará el diablo?»!

Así pensaba el joven atolondrado y pícaro, único heredero de todos sus parientes, corriendo en una diligencia, por la voluntad del Todopoderoso, en medio de una nube de polvo.

Amigos de Ruslán y Ludmila^[1], permitidme que ahora mismo, sin más introducción, os presente al héroe de mi novela. Mi buen amigo Onieguín nació a orillas del Neva, donde tal vez naciste o brillaste tú, lector. Yo me paseé mucho tiempo por allí; pero el clima del Norte me sienta mal.

Su padre, trabajando concienzudamente y con nobleza, vivía acosado de deudas; daba tres bailes al año, lo que acabó de arruinarle. No obstante, el destino protegía a

Oneguín; al principio le cuidaba una *madame*, más tarde le reemplazó un *monsieur*. El niño era travieso, pero simpático. *Monsieur l'abbé*, un francés pobre, para no atormentar al chiquillo, le enseñaba todo entre bromas, no le aburría con severas reglas de moral, le regañaba levemente por las travesuras y le llevaba de paseo al Jardín de Verano^[2].

Cuando llegaron para Eugenio los días de las esperanzas y de la tierna melancolía, los días de la rebelde juventud, echaron a *monsieur*. He aquí a mi Oneguín en libertad, frecuentando el gran mundo, peinado a la última moda y vestido como un *dandy* de Londres. Sabía hablar y escribir perfectamente el francés, bailaba muy bien la mazurca y saludaba con elegancia. ¿Qué más queréis? La sociedad decretó que era inteligente y muy simpático.

Todos hemos estudiado poco y de cualquier manera; así es que, gracias a Dios, en nuestro país no es difícil sobresalir en educación. Oneguín era, según la opinión de muchos —jueces seguros y severos—, un joven erudito, pero pedante. Poseía el afortunado talento de saber hablar superficialmente de todos los temas con el aire docto del conocedor, de guardar silencio en una conversación seria y de despertar la sonrisa de las damas con el fuego de inesperados epigramas. Sospechaban en él un talento. Verdaderamente, podía sostener una discusión varonil sobre Byron y Benjamín, sobre los carbonari, Parni o el general Jomin^[3]. Hoy día el latín no está de moda; pero, a decir verdad, él sabía lo bastante este idioma para poder descifrar los epígrafes, hablar de Juvenal, poner un *vale* al final de una carta y recitar sin dificultad dos o tres versos de la Eneida. No tenía suficiente afán ni interés para rebuscar en el polvo cronológico la historia de la tierra; pero se sabía de memoria todas las anécdotas desde los tiempos de Rómulo hasta nuestros días. No tenía ninguna pasión elevada, y, careciendo de verdadero interés por el estudio de la poesía, no podía distinguir el yambo del coreo, como nos pasa a noso-